

EQUINOCCIO

ESCUELA METODOLÓGICA EN MASCULINIDADES
PARA LA EQUIDAD Y LA PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Y ahora... ¿qué? -Los umbrales de la identidad-

Mireya Baltodano

Conferencia magistral para actividades de clausura.

27 de octubre de 2007.

Programa de Masculinidades
Centro Bartolomé de las Casas
San Salvador
www.escuela.EQUINOCCIO.org
www.centrolascasas.org



PROGRESSIO
CAMBIANDO MENTES • CAMBIANDO VIDAS



Cordaid



Mireya Baltodano Arróliga, MSc.

Costarricense, es la actual decana de Teología en la Universidad Bíblica Latinoamericana y docente en género de la misma casa de estudios. Psicóloga clínica por la Universidad de Costa Rica y Maestría de Saint. Andrews University en Escocia.



Mireya tiene una larga carrera docente y de asesoría a agencias internacionales ligadas a las Iglesias y movimientos sociales, sea como consultora, asesora investigadora o autora de publicaciones en género y psicología. Ha sido miembro del Departamento Ecuménico de Investigaciones, coordinando sus cursos internacionales anuales, miembro del senado de la Misión XXI, de Basilea, Suiza y participado de varios comités relacionaos a Mujeres, Diafonía y Género en el World Council of Churches (Ginebra, Suiza), desde donde desarrolló una amplia labor consultiva.

Mireya, en cuanto docente, amiga y aliada del Programa de Masculinidades, ha colaborado en diferentes oportunidades con el equipo de programa, participando de actividades de investigación y consulta y compartiendo sus hallazgos conceptuales y metodológicos. Algunos de estos hallazgos han sido clave en la aproximación conceptual y metodológica de Equinoccio, tanto para calibrar sus impactos, como para cualificar las prácticas y proyectos de incidencia de sus participantes. El concepto “Transversalidad de Género”, reconceptualizado por Mireya, es el presupuesto básico que estructura los cuatro módulos de Equinoccio. El “transversalizador” es una herramienta de calibración desarrollada por el equipo de programa a partir de este innovador y desafiante concepto teórico y gráfico.

El Programa de Masculinidades se siente honrado y permanentemente inspirado por la participación continuada de Mireya. Esperamos que todos los participantes de Equinoccio, mujeres aliadas, amigos y amigas puedan percibir también los grandes beneficios de sus abordajes.

Introducción

¿Qué hacemos cuando la ola de la conciencia de género nos ha revolcado? Es un revolcón de la dimensión de un tsunami, que nos obliga a reconstruir pieza por pieza nuestra identidad de género, nuestra forma de ser y estar en el mundo. Pero es un revolcón que se va dando de a poco, dándonos respiros para cuestionarnos, para revisarnos, para volvernos a confundir y para luego volvernos a poner en pie. Con esta metáfora quiero decir que el llamado a la conciencia viene de distintas fuentes y en distintos momentos y que la revisión de la identidad de género es un proceso prolongado... yo diría que es tan largo como la vida misma. Con la metáfora quiero también reflejar que el proceso no es lineal, sino que a ratos es ondeado como el oleaje, porque en la búsqueda de la coherencia y la equidad, por momentos nos vemos repitiendo lo que deseamos tanto cambiar.

El proceso de auto-identidad (como lo llama Marcela Lagarde) no se construye a partir de cero, o de la nada, sino que se desarrolla por la toma de conciencia individual y colectiva de dar un nuevo sentido a la existencia y a la co-existencia, que hay que recomponer lo que está fragmentado en el cuerpo, en los sentimientos y en el pensamiento, cambiar el comportamiento que nos auto-destruye y afecta a otras personas, y producir nuevos modelos de convivencia que traigan vida y no muerte.

¿Y ahora qué? Una pregunta simple, pero desafiante. Como seres-caminantes vamos a encontrar bifurcaciones o encrucijadas.

En la tarea de auto-producirnos como seres humanos, hay transiciones que debemos reconocer como parte del proceso y aceptarnos como seres-caminantes, seres-transeúntes y no seres-llegantes, que ya arribaron a su meta. Hoy celebramos el trabajo realizado, lo aprendido, lo transformado. Las celebraciones son hermosas y necesarias como ritos de pasaje que nos permiten reconocernos en nuestros esfuerzos y afirmarnos para lo que sigue. Pero debemos tener presente que lo aprendido y lo transformado en clave de género nos ubica (y nos ubica) en una identidad en transición, porque vivimos en un medio cultural que constantemente nos va a decir que las cosas son de otro modo, algunas personas nos censurarán llamándonos “raros”, y los hábitos y los temores nos podrían traicionar para volver a pensar, sentir y hacer más de lo mismo. No es que seamos veletas a la deriva en el vaivén del oleaje cultural, sino que debemos reconocer que es necesaria esa mezcla de vulnerabilidad y fortaleza para ser hombres y mujeres en transición de su auto-definición.

Por eso he llamado a mi conferencia *Y ahora... ¿qué?*. Quise situarme en el momento de ustedes, y plantear esa pregunta que nos hacemos cuando cruzamos un umbral: ¿Y ahora qué? Una pregunta simple, pero desafiante. La identidad

es la respuesta a la pregunta *¿quién soy?* Mas el proceso de auto-identidad es saber responder a la pregunta *¿Qué? ¿Qué pienso? ¿Qué siento? ¿Qué hago?* Como seres-caminantes vamos a encontrar bifurcaciones o encrucijadas entre formas de ser y no ser, que como modelos externos nos provocarán preguntas internas como esta: *¿y ahora qué?* Ese es el juego psíquico de ir armonizando lo que percibimos a través de las relaciones inter-personales con lo que interiorizamos en nuestra vivencia intra-personal, la reflexión interior sobre mi mismidad. Esta es la dinámica con la que se desarrolla la subjetividad: lo externo versus lo interno.

Dimensiones de la subjetividad: subjetivación, sujetización, participación.

La identidad de género se desarrolla en tres espacios psico-sociales: el mundo interior que incluye nuestro cuerpo y personalidad, el mundo de las relaciones inter-personales y el mundo socio-cultural. En estos tres mundos se gesta la subjetividad, aquello que queremos ser. Para movernos y vincularnos con esos tres mundos contamos con tres capacidades humanas:

- **La intra-subjetividad**, que es la capacidad de establecer un diálogo interno, conmigo mismo, a través del cual proceso las imágenes de lo que percibo en el exterior, las discierno y decido qué deseo ser.

- **La inter-subjetividad**, que es la capacidad de establecer vínculos con otros y otras, de recibir las percepciones que tienen de mí, de establecer límites a mi cuerpo y mis fantasías, y de elaborar conjuntamente imágenes y creencias.

- **La trans-subjetividad**, capacidad con la cual recogemos los imaginarios culturales, las ideologías, la historia colectiva, las creencias y valores que sostienen la sociedad, y que colectivamente trascendemos hacia nuevos paradigmas de una manera más organizada.

Cuando trabajamos nuestra subjetividad, lo hacemos en estas tres dimensiones, de tal manera que nuestra revisión de identidad no es un “mirarse el ombligo”, rumiando nuestra sola vida personal, sino que la dinámica es tri-partita: mi yo, entre otros y otras, con todos y todas organizadamente.

Hemos venido afirmando que la lógica de género es transversal y sistémica, de manera que afecta todos los ámbitos de la vida y de la sociedad. Para responder a esa realidad cultural, el proceso de auto-identidad debe trascender lo personal y proyectarse políticamente. Así rescatamos la vieja y sabia frase de que lo personal es político y lo político es personal. La tridimensionalidad de la subjetividad nos debe conducir a trascender lo personal e irradiar lo social y lo ideológico. Así estaremos practicando la transversalidad personal en respuesta a la transversalidad cultural. Me explico.

Subjetivarse es explorar el mundo interno para hacer una revisión de los rasgos asignados y resignificarlos con lo deseado y soñado. Para eso hago un rastreo de mi historia personal y social para entender cómo se fue conformando mi subjetividad y hacia dónde deseo encaminarla. Esa es la dinámica **intra-subjetiva** que acompaña el proceso de **auto-identidad**.

La tridimensionalidad de la subjetividad nos debe conducir a trascender lo personal e irradiar lo social y lo ideológico.

En el proceso de **sujetización** trascendemos el sistema de creencias y enfrentamos su inercia con nuevas formas de ser hombres y mujeres

Sujetizarse es interconectarse con lo que nos es familiar y habitual y nos da sentido de pertenencia, pero sabiendo discernir entre lo que nos sujeta (nos ata) y lo que nos hace sujetos (nos libera). Hay una enorme diferencia entre estar sujeto y ser sujeto. En el proceso de **sujetización** trascendemos el sistema de creencias y enfrentamos su inercia con nuevas formas de ser hombres y

mujeres; lo trascendemos en la vida concreta y en las relaciones humanas, para materializar lo deseado y soñado. Esto lo realizamos en forma colectiva, mediante la dinámica de la **inter-subjetividad** creativa, que acompaña el proceso de hacernos sujetos hombres, o sujetos mujeres, es decir, en **sujetos generizados**. Ese es el proceso colectivo que ustedes han venido haciendo en sus talleres, entre congéneres, sólo que al transversalizar el género en sus identidades, no sólo revisan su identidad como personas, sino su identidad como hombres, haciéndose sujetos generizados en una nueva generación masculina.

El proceso transformador de la identidad quedaría incompleto si no se proyecta como cambio del paradigma de género. El ser humano que se asume como sujeto participa, resiste, actúa, hace comunidad, se convierte en actor social con el fin de buscar medios que alcancen objetivos solidarios, plantea proyectos sociales o institucionales, reconstruye colectivamente imaginarios, hace campaña para revertir el sistema de violencia que genera la lógica de género, etc. Esa es la dinámica **trans-subjetiva**, la que trasciende lo personal y que penetra la esfera ideológica e institucional para promover la **democracia de género**. No basta entonces la transformación personal si ésta no trasciende a lo social y eso se logra con la acción política.

El trabajo con hombres con perspectiva de género tiene una enorme validez en tanto la revolución micro-social, es decir el cambio personal, se proyecta hacia la esfera macro-social. A lo sistémico dominante se le responde con lo sistémico democrático. Y como en materia de género no hay cómo separar lo personal de lo social-cultural, la metodología de trabajo que parte de lo personal es poderosa. Eso de alguna manera se sustenta con la evaluación que se ha hecho de 20 o 25 años de teoría de género, que refleja mucho más avance y reivindicaciones en el espacio institucional y mucho menos a nivel familiar y relacional.

Por eso, porque mi profesión de psicóloga me mueve a ver primero el árbol antes que el bosque, porque cuando doy clases

El proceso de construcción de la subjetividad nos mantiene por un tiempo con identidades en transición y podemos en ocasiones ser alternativos y otras veces tradicionales.

espero que el aprendizaje toque corazones y no sólo cerebros, y porque soy mujer que empezó a explorar los estudios de género al mirar mis incoherencias, me gustaría analizar brevemente tres áreas de la masculinidad que hay que seguir trabajando, aún después de haber participado en talleres.

Al abordar estas tres áreas, menciono nuevamente dos componentes intrínsecos a los procesos de trabajo con la subjetividad:

✓ Que el proceso de construcción de la subjetividad nos mantiene por un tiempo con identidades en transición y podemos en ocasiones ser alternativos y otras veces tradicionales.

✓ Que la revisión de cualquier área de la vida personal tendría que irradiar cambios en el plano social y comunitario, en esa tríada de hombre - sujeto generizado - actor social.

Los temas son titulados con la disyuntiva entre el ser y no ser.

Padre abstracto versus Padre real

Hace tiempo vengo afirmando en los talleres de género que todo comenzó con un útero, representando a la maternidad que marcó la subordinación de las mujeres. Sin embargo, pienso que es necesario dar más espacio al tema de la paternidad en los estudios de masculinidades, porque el modelo de padre (el pater familias) parece ser más bien el eje del patriarcado, pues justamente a partir del modelo paterno y el rechazo del materno es que se construye la masculinidad hegemónica y arquetípica y por ende la sociedad androcéntrica.

De ahí la importancia de hablar sobre la paternidad. No sólo porque el modelo parental es angular en la estructura del paradigma patriarcal, sino porque los hombres padecen de falta de padre y este padecimiento configura la masculinidad. He aquí la relación entre lo microsistémico y lo macrosistémico, entre lo que parece tan personal --como sentir el vacío paterno-- y lo que sustenta ideológica y compulsivamente un sistema, así llamado patriarcal.

Al hablar de “padre”, quisiera distinguir dos padres: el padre abstracto y el padre real. En nuestra cultura, la noción de padre ha estado muy ligada al espermatozoide, al acto de engendrar, cuando la paternidad en realidad debería estar ligada a la adopción, es decir, el adoptar a los hijos e hijas engendrados en un acto de voluntad de construirse como padres con ellos y ellas. La experiencia de la crianza re-significa así la noción de padre como criador y no como gestor-proveedor. El

padre real llega a ser padre por el hábito de ejercitar la paternidad.

Al relevar el tema de la paternidad no lo hago por la justa lucha de las mujeres de exigir a los hombres una paternidad responsable. Resalto el tema porque el ejercicio de la paternidad está asociado a la construcción de la subjetividad, es decir, de la masculinidad. No sé cuántos de ustedes son padres, pero sé que todos son hijos y tuvieron un modelo de padre. ¿Ausente o presente? ¿Abstracto o real? ¿Poderoso o cariñoso? Cualquiera fuera el modelo paterno, éste influyó en su masculinidad, al igual que ustedes como padres, tíos o abuelos influirán en la subjetividad de los niños cercanos.

El ejercicio de la paternidad está asociado a la construcción de la subjetividad, es decir, de la masculinidad.

Me gustaría abordar el tema de la paternidad a través de la experiencia como hijos. Ya sabemos que en el clásico modelo familiar, la madre se hace cargo de la crianza y el padre de la provisión material y de la sanción, roles estos que dejan a hombres y mujeres con una identidad de género incompleta y sesgada. A los hijos varones los deja con una “nostalgia de padre”, o en búsqueda continua del padre real y no el simbólico. Esta carencia de padre se da no necesariamente por la ausencia física del padre, sino porque en su crecimiento, el varoncito tuvo que alejarse y negar el afecto de su madre para parecerse a su

padre, quien usualmente se presenta como una figura poderosa y distante. El paso del apego con la madre a la grandiosidad del padre, lo describe claramente un niño de esta manera:

“Mi padre es gallo. Ahora soy pequeño y soy un pollito; pero cuando sea algo mayor seré una gallina, y cuando sea más mayor seré un gallo”.

Con el fin de consolidar la masculinidad, el niño (el pollito) -- que está muy identificado con su madre, pues quiere ser gallina -- debe dejar el mundo afectivo que se ha mal llamado femenino, y para eso debe desidentificarse con la madre y repudiar todo lo “femenino”, para identificarse con su padre y hacerse hombre. La polarización de roles de género fuerza al niño a negar sus necesidades afectivas y a orientarse por un sentido fálico, de omnipotencia, que es el eje de identidad de la masculinidad hegemónica.

La práctica de la paternidad real, además de ser un asunto personal vital, es un asunto político, porque toca los cimientos mismos de la subjetividad.

Este desarrollo tiene un alto precio a nivel emocional, porque reprimir sentimientos no quiere decir que las necesidades afectivas desaparezcan, sino que se mantienen negadas y reaparecen en momentos de crisis. En la niñez las expresiones afectivas compartidas con la madre quedan postergadas y el vacío se acentúa ante la frustración de tener que identificarse con un padre lejano afectivamente y que posiblemente esté atravesando las mismas carencias emocionales. Con mayor razón, pues, la paternidad real, ejercida afectivamente, podría contribuir a que los niños no renuncien por represión a sus sentimientos, sino que los puedan expresar y satisfacer alternadamente con padres y madres afectuosos. Así, padres e hijos recompondrían el sentido de virilidad sin mutilar lo que se ha venido llamando femenino. Así, padres e hijos encontrarían el sentido de completud, porque no son vaciados de su necesidad de amar y tocar a sus congéneres, ni de rechazar su vulnerabilidad.

La experiencia de ser padre real aporta nuevos significados a la subjetividad del sujeto hombre y desmantela la masculinidad paradigmática fundamentada en la negación de lo afectivo y en la asociación de afectividad con homosexualidad y por otro lado sanaría los miedos atrapados que se convierten en

violencia hacia ellos y contra otras y otros. En tal sentido, la práctica de la paternidad real, además de ser un asunto personal vital, es un asunto político, porque toca los cimientos mismos de la subjetividad de niños y niñas y contribuye a replantear la ideología paternalista y sexista.

Intimidad versus Aislamiento emocional-relacional

Como secuela de la paternidad expropiada por la cultura, muchos hombres entran en conflicto con el mundo de la afectividad y las relaciones íntimas. A este aspecto de deseo englobarlo bajo el concepto de intimidad. La intimidad se da en relaciones humanas cuando hay apertura, aceptación mutua, escucha recíproca, y voluntad de conocer a la otra persona. La intimidad no se reduce a la relación de pareja en el plano sexual, sino que es una capacidad de socialización irrestricta, que incluye la homosociabilidad, es decir, la capacidad para intimar con personas de su mismo género, o la heterosociabilidad, sin que medie el juego de la conquista.

En términos generales, intimar requiere habilidades para interiorizar, empatizar y configurar vínculos afectivos, y en términos específicos, para el tema que nos ocupa, desarrollar la capacidad de afiliaciones diversas con desenfado de los roles de género.

La habilidad de **interiorizar** implica saber qué siento y comunicarlo asertivamente, aceptando la vulnerabilidad que se da al abrirse emocionalmente ante otra persona. Es usual que

El cuerpo, visto y usado de esa manera, es una mampara para la emocionalidad, y a la vez reduce las relaciones al plano de la dominación y no a la reciprocidad.

las conversaciones de los hombres sean sobre temas impersonales, sobre todo entre hombres. Algunos prefieren hablar de sus cosas con las mujeres, y a otros les sale más fácil hablar de sí mismos si el tema favorece su imagen personal. Sin embargo, la restricción emocional, de la que hemos venido hablando, crea malestar psicológico en los

hombres, la cual expresa como depresión, ansiedad, o adicciones, pero también por grandes dificultades para establecer relaciones profundas y comprometidas.

Por otro lado, la soledad emocional, el aislamiento existencial y los conflictos relacionales están fuertemente relacionados con la supremacía que muchos hombres dan a su corporalidad, como instrumento privilegiado para expresarse, ya sea a través de la sexualidad genital, o la fortaleza muscular que usan para ofrecer protección y no solicitarla, o para ser competitivos en vez de cooperativos. El cuerpo, visto y usado de esa manera, es una mampara para la emocionalidad, y a la vez reduce las relaciones al plano de la dominación y no a la reciprocidad.

Esto nos lleva a la habilidad de **empatizar** que se da con la intimidad. Empatizar es colocarse en el lugar de la otra persona. Empatizar entre hombres mueve la solidaridad. Empatizar con mujeres restituye aspectos perdidos de la masculinidad patriarcal y revisa la visión fragmentada que tiene de ellas. En tal sentido, la intimidad permite abrirse a la diversidad, coloca a las personas, independientemente de su género, en planos de igualdad y mutualidad, donde la simetría permite la equivalencia como seres humanos que se respetan, la equifonía como interlocutores que valoran la palabra compartida, o la equipotencia que reconoce el derecho a opinar y a disentir. Todas estas son nuevas significaciones para las relaciones humanas generizadas que además de tener valor a nivel personal son fundantes de una democracia de género.

La capacidad de intimar **configura** de manera distinta la subjetividad y la organización social, pues refuerza una masculinidad integrada, sin jerarquizar lo corporal sobre lo emocional y refuerza la disponibilidad para afiliarse entre hombres y con mujeres, superando la homofobia y la sexualidad compulsiva en las relaciones humanas.

Ser es pertenecer a alguien, pero con una calidad de pertenencia que no cosifica a nadie, sino más bien que participa del estar con alguien sin perder partes de sí o robar partes al otro u otra para completarse. La intimidad se construye con el ejercicio continuo de arraigo, de pertenencia y participación.

Dominio versus Plenitud

Con mayor frecuencia se usa el concepto de poder para calificar las relaciones inter-généricas. En esta ocasión deseo utilizar un concepto equivalente, dominio, para darle un significado más amplio al poder masculino androcéntrico. Afirmamos que el sistema patriarcal es de dominación de un género sobre otro, para subordinarlo. Esta es una afirmación sociológica. ¿Pero qué implicaciones personales tiene estar en el lado del género dominante? ¿Qué dominan los hombres? ¿Por qué dominan? Me gustaría explorar un poco la complejidad del dominio masculino desde la perspectiva de la subjetividad para proyectarla luego a lo estructural.

El concepto de dominio hace referencia a disponer de lo propio y de lo de los demás, con un sentido de territorialidad y ascensión sobre personas. Su definición es más gráfica que la de poder y permite describir más fácilmente el tipo de dominio androcéntrico. En la línea en que hemos venido analizando la subjetividad masculina –la vaciedad paterna y la dificultad para intimar– el dominio masculino parece surgir como compensación por la falta de dominio sobre sus propias necesidades emocionales y corporales. Esta aseveración no deja de lado la presión de la sociedad para que los hombres cumplan el rol dominante.

Recurrentemente, en los análisis psico-sociales sobre los conflictos de los hombres con su rol de género, aparecen los mismos elementos: emocionalidad restringida, dificultad para

construir relaciones entre hombres, preocupaciones por el éxito, el poder y la competencia, y finalmente conflictos entre el trabajo y las relaciones familiares. Estos cuatro elementos revelan en sí mismos el desequilibrio entre lo que ya la cultura se ha encargado de yuxtaponer: lo emocional con lo cognitivo, lo privado con lo público, lo laboral con lo familiar. Cuando el desequilibrio psico-social ocurre, la ley de la compensación entra en juego para proyectar en otros lo que no se ha resuelto dentro de sí. Tal parece que al no tener dominio de los propios fantasmas, los desplazan hacia otros u otras para hacerse la idea de que dominando a las demás personas se puede tener dominio propio. Y la cultura se encarga de señalar el camino del desplazamiento de lo no resuelto en los hombres: las mujeres.

El sexismo puede ser hostil o sutil. El hostil es viejo conocido por su paternalismo e inferiorización de las mujeres.

Ese desplazamiento se llama sexismo, que se manifiesta como una actitud de prejuicio hacia las mujeres, es decir, las depositarias de lo débil y lo incompleto que no se auto-reconocen algunos hombres. Pero el sexismo no es sólo actitud, es también ideología que estratifica a la sociedad por géneros polarizados, a través de mecanismos intra-personales (la subjetividad), inter-personales (relaciones hombres-mujeres) e institucionales (la cultura), mecanismos éstos que hemos

venido mencionando. Así, la actitud personal y la ideología se juntan para alimentar al dominio androcéntrico.

El sexismo puede ser hostil o sutil. El hostil es viejo conocido por su paternalismo e inferiorización de las mujeres. El neosexismo se presenta como una ambivalencia entre el sexismo hostil y el benévolo, es decir una amalgama entre negatividad hacia las mujeres y ciertos reconocimientos. En realidad el sexismo benévolo es un dominio asumido con caballerosidad, a través del cual algunos hombres ven a las mujeres limitadas para algunas tareas, mientras se ven beneficiados con sus virtudes maternas y de esposa, a cambio de protección económica.

El sexismo ambivalente refleja claramente la ambivalencia de la subjetividad masculina, que por un lado exaltan en las mujeres lo que han reprimido dentro de sí mismos (emocionalidad y relacionamiento), y por otro lado dominan en las mujeres las características compensatorias que han podido desarrollar (productividad y autoridad). De hecho, el sexismo ambivalente ha surgido más fuertemente en reclamo por las estrategias de empoderamiento de las mujeres y por la rapidez con que están ingresando a campos antes exclusivos de los hombres. Obviamente, el carácter sistémico de la lógica de género hace que los movimientos transformadores de un grupo generen contra-movimientos en el otro grupo, y aunque las primeras reacciones sean hostiles o dominios disfrazados de benignidad, también producen cambios muy positivos en el

replanteamiento de las subjetividades de los hombres y la búsqueda de nuevas configuraciones en el relacionamiento inter-genérico.

Frente al dominio compensatorio sobre los cuerpos, mentes y comportamientos de las mujeres, aparece el paradigma de la plenitud, cuando los hombres puedan desarrollar un sentido de sí mismos más integrado, incorporando a su mismidad partes ocultas de su humanidad, y renunciando a la tendencia propia del terrateniente, de ensachar sus dominios para apropiarse de otros y otras. Posiblemente la aceptación de la propia incompletud sea el principio de la búsqueda de la plenitud. Para eso se hace necesaria una ardua faena de desempoderamiento, de soltar, de dejar ser y para ser.

Yo sé que ustedes han venido haciendo ese recorrido de subjetivación y sujetización con gran creatividad, por lo cual se constituyen en un signo de esperanza para ustedes, sus familias y la sociedad. Que esta celebración de clausura sea también de iniciación para nuevas aventuras en su trayectoria de vida. Es mi deseo que estas reflexiones, a veces muy teóricas y esquemáticas, y no siempre gratas, ustedes puedan llenarlas con experiencias de crecimiento y fortalecimiento de lo aprendido.